LÍNEAS SOBRE EL *QUIETISMO* DE MIGUEL DE MOLINOS

*Julieta Lizaola**

*...cesó todo y dejéme,
dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado.
San Juan de la Cruz*

176

Miguel de Molinos se sitúa en el ámbito de la mística cristiana; nace en España, cerca de Zaragoza, en 1628. En 1675 publica su *Guía Espiritual*¹ donde desarrolla y formula el *quietismo*. En 1682 se presentan denuncias ante el Papa Inocencio XI sobre la existencia de una red de quietistas que consideran 'luces divinas' lo recibido en estado de quietud. La experiencia mística que Molinos quiso compartir fue causa suficiente para ser acusado de herejía y hacer del texto de la *Guía* un libro prohi-

bido. La Compañía de Jesús lo hace aprender por el Santo Oficio en 1685. Dos años después el Papa consiente en su condena y varios cientos de sus seguidores son detenidos por la Inquisición como reos del quietismo. Molinos abjura pero no logra ser liberado; muere en la cárcel en diciembre de 1696. Los papeles de su proceso son todavía secretos.

I. Quietismo

La *Guía espiritual* es el libro más importante y cuestionado de las obras de Miguel de Molinos; en él recoge y desarrolla lo que fue su concepción

* Departamento Académico de Estudios Generales, ITAM.

¹ Miguel de Molinos, *Guía Espiritual*, 1989, Madrid, Alianza.

mística denominada quietismo. Al aproximarnos al texto observamos dos elementos relevantes: uno, la estructura de la guía como fruto de un saber de experiencia que por su condición puede ser transmitido a otros. Y, dos, que el quietismo fue perseguido por ser considerado herético. Una heterodoxia que para la Iglesia Católica significó disidencia y confrontación; fuera de ella, y de sus preceptos rituales, sólo pueden sucederse herejías. Sin embargo, el quietismo y, fundamentalmente, su percepción de la nada como el espacio anhelado para la consumación de la unidad simple, de la unidad divina, es un tema que ha ido creciendo. No sólo por la detenida mirada que la filosofía contemporánea ha puesto en el tema de la nada,² sino también

² El quietismo se volvió un referente intelectual del pensamiento del siglo XX, el cual tuvo que tomar una posición definida frente a él; por ejemplo, Sartre escribió las siguientes palabras: “¿Quiere decir esto que deba abandonarme al quietismo? No. En primer lugar debo comprometerme; luego, actuar según una vieja máxima: ‘No es necesario tener esperanzas para actuar’. [...] El quietismo es la actitud de la gente que dice: los demás pueden hacer lo que yo no puedo. La doctrina que yo les presento es justamente lo opuesto al quietismo, porque declara: sólo hay realidad en la acción; y va más lejos todavía, porque agrega: el hombre no es nada más que su proyecto, no existe más que en la medida en que se realiza”.

Por otro lado, en dirección opuesta, Lezama Lima lo considera un ideal: “Esta

por la importancia que las filosofías orientales y su difusión en Occidente han observado en ella.

No olvidemos que el proceso místico se sucede en una serie de etapas, aunque cada experiencia contenga sus contenidos singulares, podemos tomar en consideración que de forma general hay características que las hacen susceptibles de ser denominadas como “contenidos de la experiencia mística”; estos son fundamentalmente: la fase de inicio, fase de negación, fase positiva y el retorno.³ De estos momentos el más relevante suele ser el de la negación. Ahí las exigencias más arduas se presentan, especialmente las que corresponden a la negación, desapego, desasimiento, vaciamiento, anulación del sujeto. Este momento se inicia con un movimiento

de apertura, de negación de los límites, de irresistible salida. A tal elemento corresponde en el orden de la experiencia el estadio desencadenante de la vida propiamente mística.

oración de quietud es algo más que una de las formas más seguras de la doctrina de la participación; por ella llegamos a la vinculación total”, en Jean-Paul Sartre, *El existencialismo es un humanismo*, 1972, Buenos Aires, Huáscar, p. 28; y José Lezama Lima, *Diarios*, 1994, México, Era, p. 38.

³ Isabel Cabrera, “Para comprender la mística”, en Cabrera y Silva, *Umbral de la Mística*, 2006, México, UNAM, p. 12.

Pues para entrar en la contemplación es necesario haber optado por una primera y radical salida. Salida de los propios límites, salida del recinto del alma o de la operación particular de sus potencias, salida de sí mismo. Porque el proceso que esa salida inicia es precisamente el de la destrucción de la identidad del sí mismo [...] Toda vía propiamente mística ya abierta a la iluminación y a la unión, tiene por estado inicial y constitutivo la salida, es decir, el éxtasis [...] Una salida fuera de sí mismo en palabras de Tomás de Aquino.⁴

La *Guía Espiritual* narra las vicisitudes que el alma puede ir encontrando en su proceso para alcanzar la plenitud de su búsqueda: la salida de sí, la negación y desaparición del yo del sujeto místico.

115. Si con esta libertad dieres a Dios el alma desapegada, libre y sola, serás la más feliz de las criaturas de la Tierra; porque en esta santa soledad tiene el Altísimo su habitación secreta. En este desierto y paraíso se deja Dios tratar, y solamente en este interior retiro se oye aquella maravillosa, eficaz, interior y divina voz. Si quieres entrar en este cielo de la tierra, olvida todo

⁴ José Ángel Valente, "Ensayo sobre Miguel de Molinos", en Miguel de Molinos, *Guía Espiritual* seguida de la *Defensa de la contemplación* por primera vez impresa, 1974, Barcelona, Barral, p. 14.

cuidado y pensamiento, desnúdате de ti misma, para que viva el amor de Dios en tu alma. Vive cuanto pudieras abstraída de las criaturas, entrégate en todo a tu Criador y ofrécete en sacrificio, en paz y quietud de espíritu.⁵

El quietismo de Molinos y sus consideraciones sobre la nada, tienen que ser referidos a su concepción mística, a su propuesta guiada, ofrecida a los demás como posibilidad de plenitud, de perfección cristiana y, fundamentalmente, de deificación del alma a través de la nada. La nada, postulada como aspiración y forma de la divinidad, cimbra y despoja de sentido todas las estructuras, todos los cauces de la religiosidad aceptados por el cristianismo vaticano.

Cabe también otra consideración: en la tradición cristiana, la nada, en su sentido negativo, fue asociado a lo demoníaco, a lo que destruye al ser. La nada como negación del ser y el ser como logro de la vida cristiana. El peligro aquí es la nada que persigue el no ser y éste como la antesala del infierno. Aquí se arraiga el núcleo del conflicto entre la Iglesia y su concepción teológica: en el quietismo, la nada se invierte y pasa a ser considerada en su sentido positivo, es decir, a concebirse como posibilidad de unión con Dios, posibilidad de

⁵ Miguel de Molinos, *op. cit.*, p. 152.

alcanzar la unidad divina, permitiendo que el alma humana deificada se consuma en Dios. El peligro aquí está en el ser, pues se persigue obstinadamente su aniquilación como vía, donde el ser se corresponde con la vida infernal y su desarticulación en un deseo de salvación.

184. Comienza el alma que quiere ser perfecta a mortificar sus pasiones; aprovechada ya en este ejercicio, se niega; luego con la divina ayuda, pasa al estado de la nada, donde se desprecia, se aborrece a sí misma y se profunda, conociendo que es nada, que puede nada, y que vale nada; de aquí nace el morir de los sentidos y en sí misma de muchas maneras y a todas horas; y, finalmente, de esta espiritual muerte se origina la verdadera aniquilación. [...] De manera que cuando ya el alma está muerta a su querer y entender, se dice con propiedad que llegó al perfecto, dichoso estado de la aniquilación. Y aunque llegue a este feliz estado de aniquilada, importa el saber que siempre tiene más y más que caminar, que purificar y aniquilar.⁶

II. La nada

En relación a su concepción religiosa y mística, Molinos despliega un

camino de posibilidad de experiencia extática, de experiencia de unión divina. Va mostrando cuáles son los pasos a seguir en un itinerario de dificultades en relación a la acción esencial que habrá de realizar el alma; en tanto que la *Guía Espiritual* lo que persigue según su significativo subtítulo es “desembarazar al alma y conducirla por el interior camino para alcanzar la perfecta contemplación y el rico tesoro de la interior paz”.

El proceso místico es de naturaleza extática, de salida de sí mismo. Tal salida es la condición para que se logre otro tipo de unión, la unión simple, la simplicidad, la transparencia, la apertura máxima del espíritu como experiencia mística. Radical experiencia de salida a la noche oscura, pero también de radical regreso. Experiencia sobreabundante y necesaria realizada en los dos movimientos de la unidad simple: silencio y palabra, salida y regreso, inspiración y exhalación.

La *Guía* se dirige a quienes ya han considerado como suyo el camino de la contemplación, es decir, a quienes ya han optado por la ‘vía regia’ (o el ‘gran vehículo’ en otras tradiciones). El momento que persigue corresponde a los límites de la experiencia religiosa, el límite mismo que es un no límite. ¿En que sentido es el quietismo extático? En el

⁶ Miguel de Molinos, *op. cit.*, Alianza, p. 185.

NOTAS

sentido de que cumpliendo con una serie de condiciones albergadas en un aprendizaje de quietud, silencio, ausencia de voluntad y preocupaciones, alcanza la entrada a la nada y la salida total de sí mismo, la aniquilación del sujeto, el deseable abandono del ser. Esta experiencia buscada, perseguida, plena de intención, nos permite vislumbrar dos formas de resolución: el vacío dejado en nuestro interior que faculta la unión con Dios y, por ende, la máxima plenitud, la ausencia de límites. La nada se acerca a la idea del absoluto, donde nada y absoluto como totalidad sin límites, son la máxima realidad.

185. Sabrás que esta aniquilación, para que sea perfecta en el alma, ha de ser en el propio juicio, en la voluntad, en los afectos, inclinaciones, deseos, pensamientos en sí misma, de tal manera que se ha de hallar ella tan muerta al querer, al desear, procurar, entender y pensar, queriendo como si no quisiera, deseando como si no deseara, entendiendo como si no entendiera, pensando como si no pensara, sin inclinarse a nada abrazando igualmente los desprecios como las honras, los beneficios como los castigos.⁷

La nada es algo a alcanzar, siguiendo las dificultades que implica para el espíritu, donde el vaciamiento es antecedente necesario para la unión con Dios; lo relevante

aquí es la figura que contiene esta experiencia, la figura de la retracción, de la ausencia de un sujeto sostenido por la exterioridad y que, por el contrario, ha vuelto sus ojos a la interioridad. El proceso de vaciamiento, sujeto a una ardua disciplina, implica aprender a dejarse caer en la nada; hundirse ella, sumergirse en el fondo de lo divino. El místico que ha logrado el vaciamiento, que ha alcanzado la negación del yo, ha obtenido un acceso a la posibilidad de encontrarse con lo absoluto, con lo sagrado expresado en la divinidad. El místico sostiene el proceso en virtud de una creencia: hay que ganar la vida eterna consumiendo la terrena.

186. Oh! Dichosa alma que ahí se halla muerta y aniquilada. Ya ésta no vive en sí, por que vive Dios en ella; ya con toda verdad que es otra fénix renovada, por que esta trocada, espiritualizada, transformada y deificada.⁸

El místico devora su propia cárcel que es su propia alma y lo hace impulsado por un desaforado amor. Este amor desmedido tendrá que aceptar su soledad, pues no hay cosa o alguien con quien pueda establecer esta comunicación. Sale del pozo de

⁷ *Ibidem.*

⁸ *Ibidem.*

su soledad que le cuesta el no ser, el olvido de sí mismo, su abandono. El amor por el todo no encuentra la forma de asirse a lo terrenal, por lo que la soledad es una herida que duele y encuentra alivio cuando el otro divino, receptáculo de su amor inconmensurable, viene a habitar en él. Este proceso tiene un momento esencial: el abrirse un espacio en que no hay nada, sino la nada absoluta. Es el vaciamiento logrado, el abandono y la retracción como totalidad. Es la aniquilación anímica, mas no como cumplimiento de ninguna moral: ésta queda atrás, cuando el aniquilamiento ha llegado, lo que aparece es la oscuridad y el silencio. Lo que sucede en el alma del místico, en palabras de María Zambrano,⁹ es sencillamente un abandono de la vida. El místico sabe lo que busca en la nada, busca a Dios y quiere todo su espacio vital para él:

187. El camino para llegar a aquel alto estado del ánimo reformado, por donde inmediatamente se llega al sumo bien, a nuestro primer origen y suma paz, es la nada. Procura estar siempre sepultada por esta miseria [...] Vístete de esa nada y de esa miseria y procura que esa miseria y esa nada sea tu continuo sustento y morada, hasta profundar-

te en ella, yo te aseguro que, siendo tú de esta manera la nada, sea el Señor todo en tu alma.¹⁰

Si la resistencia al ser proviene de Dios, el alma puede hundir su ser en él; Dios ya no es fuente de una promesa, ni la amenaza de la condenación: es el todo sin fronteras que incluye la nada. En esto último se muestra la aceptación de la nada como Dios mismo. José Ángel Valente señala que, en este sentido, los místicos son los que mejor han entendido la sentencia: *Bienaventurados los pobres de espíritu*, pues en el desasimiento, en la desposesión, desapropiación, es decir, en la pobreza de vínculos y deseos mundanos, está la posibilidad de la autoaniquilación como crecimiento espiritual.

La nada como fortaleza espiritual, encuentro con la divinidad y finalmente la fusión con ella, es el proceso escatológico del alma cristiana para Molinos. Resulta contradictorio observar que la mística cristiana florece cuando la teología, fundamentalmente la escolástica, las confrontaciones al interior de la Iglesia, el replanteamiento cósmico del universo y el nacimiento de las ciencias modernas, parecen conducir al hombre a una necesidad insalva-

⁹ María Zambrano, *El hombre y lo divino*, 1992, Madrid, Siruela.

¹⁰ Miguel de Molinos, *op. cit.*, Alianza, p. 169.

NOTAS

ble de reformulación antropológica; pensemos en Eckhart, y por supuesto en la tradición de la mística española, con Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz.

Para venir a poseerlo todo
no quieras poseer algo en nada
[...]
Para venir a lo que no posees
Has de ir por donde no posees.¹¹

La experiencia mística no puede dejar de ser vista como una de las experiencias humanas más complejas, fascinantes e incomprensibles; no importa si se cree o no en ella: lo que expresa del alma del hombre herido, necesitado de algo que lo cuide, lo cure, lo salve, lo dignifique, no es coto privado de los místicos o religiosos. La filosofía contemporánea observa y medita sobre la nada como un puntal en la construcción del ser o como un elemento de donde podrá surgir un proceso cultural creador que dé nuevas posibilidades de vida para el hombre contemporáneo temeroso de la nada.

III. La guía

Miguel de Molinos estuvo entregado a la dirección espiritual de quienes

¹¹ San Juan de la Cruz, *Antología*, 1989, Madrid, Alianza.

deseaban vivir con intensidad la vida cristiana; la mística es ciencia de experiencia y de sentimiento que no llega al alma por textos ni por discursos, sino por la infusión del espíritu divino, cuya gracia sólo es recibida y vivida por los sencillos, los empobrecidos y humildes. La primera parte de la *Guía* es un recorrido por el abandono y la desolación para arribar al recogimiento interior, condición necesaria para comprender el silencio interno. La segunda parte muestra el paisaje interior del que está ya en camino y por lo mismo ante confrontaciones y penitencias. La tercera parte se adentra el espíritu de la contemplación: soledad, pasividad, paz interior, ánimo purgado, aniquilación y, por fin, la nada.¹² El autor —confiesa— ha escrito una *Guía* práctica para que “lo que Dios, por su infinita misericordia me ha inspirado y enseñado” sirva a los demás.

1. Has de saber que es tu alma el centro, la morada y reino de Dios. Pero para que el gran Rey descansa en el trono de tu alma, has de procurar tenerla limpia; quieta vacía, y pacífica. Limpia de culpas y defectos; quieta de temores; vacía de afectos, deseos y pensamientos y pacífica en las tentaciones y tribulaciones.¹³

¹² José Ángel Valente, en Miguel de Molinos, *op. cit.*, p. 21.

¹³ Miguel de Molinos, *op. cit.*, p. 45.

El objetivo a seguir es el amor de Dios, por lo que el alma ha de estar pura y sin pecado, aligerada de toda preocupación o meditación, quieta. La pasividad en la vida espiritual y mística ensalza las virtudes de la vida contemplativa; es el estado de perfección que sólo puede alcanzarse por medio de la abolición de la voluntad, cuando ésta se encuentra en un estado de absoluta quietud, sin razonar, ni ejercitar cualquiera de sus facultades, siendo su única función aceptar de un modo pasivo lo que Dios esté dispuesto a conceder.

Podríamos concluir que la *Guía espiritual* tiene un objetivo fundamental: liberar el alma de los obstáculos que le impiden alcanzar la contemplación; señalar con énfasis a las falsas doctrinas e “instruir a los directores para que no estorben el curso de las almas llamadas por estas secretas sendas a la interior paz y suma felicidad”. Por eso recalca Molinos el carácter práctico, didáctico de su *Guía*, porque la mística es algo que no se aprende en libros sino que es obra gratuita de Dios. “A Dios sólo toca, y no a la guía, el pasar al alma de la meditación a la contemplación [...] La ciencia mística no es de ingenio, sino de experiencia; no es inventada, sino probada; no leída, sino recibida, y así es segurísima y eficaz, de grande ayuda y colmado

fruto.”¹⁴ La perfección del alma no consiste en hablar ni en pensar en Dios, sino en amarle. Alcanzar este amor por medio de la resignación perfecta y el silencio interior.

La contemplación designa a la vez dos vertientes: por una parte, el objetivo de la unión mística; por otra, el método para alcanzarla. En ese método los conceptos preferidos de Molinos son la aniquilación, el recogimiento, la oración de quietud, la suspensión de la palabra y del entendimiento. Esta idea de contemplación es la que cayó bajo la sospecha teológica, al propiciar la confrontación entre dos conceptos de espiritualidad: el no discursivo y contemplativo, y el discursivo y meditativo de los jesuitas, quienes fueron los principales detractores del quietismo. En síntesis, el texto conduce al interesado a transitar la vía regia para alcanzar los momentos que le permiten experimentar la contemplación. Así, va señalando cómo se llega a las diferentes *moradas*; al silencio se llega bajo tres momentos: primero es de palabras, segundo de deseos y tercero de pensamientos. El primero es perfecto, más perfecto es el segundo y perfectísimo el tercero. En el primero, de palabras, se alcanza la virtud; en el segundo, de deseos, se consigue la quietud; en el tercero,

¹⁴ *Ibidem*.

NOTAS

de pensamientos, el interior recogimiento. No hablando, no deseando ni pensando, se llega al verdadero y perfecto silencio místico, en el cual habla Dios con el alma, se comunica y le enseña en su más íntimo fondo la más perfecta soledad y alta sabiduría. En esta interior soledad y silencio místico se ha de entrar si se quiere oír la suave, interior y divina voz. No basta con huir del mundo para alcanzar *ese tesoro*, ni tampoco renunciar a sus deseos ni desapegarse de todo lo creado, si no hay desapego de todo deseo y pensamiento. Reposando en este místico silencio se abrirá la puerta para que Dios se comunique y nos transforme.

190. El alma que está dentro de nada guarda silencio interno, vive transformada en el sumo bien, no apetece nada de lo criado, vive en Dios sumergida.¹⁵

Procurar con silencio resignarse en todo, que de ese modo, sin decir que se ama, se alcanzará el amor perfecto, el más quieto, eficaz y verdadero. En el interior, en el silencio mudo, se ejercitan las más perfectas virtudes de la fe; se ha de llamar oración esta alta elevación en Dios donde lo contempla el alma en quietud y silencio.

¹⁵ *Ibid.*, p. 169.

La divina sabiduría es un conocimiento intelectual e infuso de las divinas perfecciones y de las cosas eternas, que se obtiene por contemplación; no debe confundirse con la ciencia, que engendra el conocimiento de la naturaleza, ni con la sabiduría, que engendra el conocimiento de la divina bondad. Aquella quiere conocer, ésta desea ignorar que conoce y, por eso mismo, lo alcanza todo. La contemplación tiene como fin último la visión beatífica de Dios en la quietud del espíritu, donde se deja de usar la razón y sólo queda aceptar de forma pasiva la compañía divina.

El quietismo es entendido, desde una perspectiva general, como la creencia de que la perfección se halla en la inmovilidad y la resignación absolutas del alma a Dios, dejando que el hombre sea asimilado por el espíritu divino. Como tal inacción, requiere anular la voluntad humana (entiéndase por ello que todas las acciones, tanto las buenas como las malas, son una limitación para el acercamiento a Dios).

205. Este es el rico y escondido tesoro. Esta la dracma deseada del Evangelio. Esta es la vida beata, la vida feliz, la vida verdadera y la bienaventuranza en la tierra.¹⁶

¹⁶ *Ibid.*, p. 172-3.

IV. La persecución

Los contenidos teológicos de la bula papal que condena a Molinos (*Caelestis Pastor*, del 20 de noviembre de 1687), sostienen el argumento de la inmoralidad y la incitación al pecado. Se le acusa de promover una espiritualidad que dejaría en suspenso, en virtud de la apelación a la quietud, la responsabilidad moral; de ahí, la derivación hacia la irresponsabilidad. En síntesis, los argumentos serían los siguientes:

1. Alimentar una tendencia, inscrita en la naturaleza humana, de evitar esfuerzos, como el esfuerzo espiritual o la práctica de las virtudes.
2. En el difícil equilibrio entre esfuerzo y gracia divina, exagera el elemento de la gracia; ello parece eximir a sus seguidores del esfuerzo, lo cual les precipita en el abandono.
3. El quietismo exagera la pasividad hasta el punto de eliminar la voluntad y con ella la responsabilidad, lo cual conduce a la ociosidad espiritual.
4. El quietismo modifica el carácter de la unión mística, derivando hacia una especie de panteísmo donde toda delimitación entre

la criatura y Dios queda desdibujada.

El desarrollo del movimiento quietista fue tornándose una preocupación en las altas esferas vaticanas. Los primeros enfrentamientos con la Inquisición se producen en 1678. Las críticas venían especialmente por parte de los jesuitas y, fruto de ellas, fue la redacción de la *Defensa de la contemplación*,¹⁷ obra redactada hacia 1679-80. Miguel de Molinos fue apresado junto con algunos de sus discípulos el 18 de julio de 1685, procesado “por inmoralidad y heterodoxia” y condenado en 1687 a reclusión perpetua, a estar permanentemente vestido con un hábito penitencial, a recitar el Credo, a confesarse cuatro veces al año. Todo ello sobre la base de que sus escritos contienen sesenta y ocho proposiciones heréticas y relajadoras de la disciplina cristiana, y por lo mismo, subversivas y sediciosas.

Condenado a cadena perpetua por el Santo Oficio, muere en 1696 en Roma; Miguel de Molinos fue castigado a no ver la luz del sol durante los once años que permaneció en encarcelamiento.

¹⁷ V. nota 4.